

Kai Meyer

# LA CONSPIRACIÓN DEL VATICANO

algaida  
eco

Título original: *Die Vatikan Verschwörung*  
Editado en Alemania por Wilhelm Heyne  
Verlag GMB co. KG, München

Primera edición: 2011

© Kai Meyer, 2000, 2009  
© Algaida Editores, 2009, 2011  
© Traducción: Patricia Losa Pedrero, 2009  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Grupo Anaya  
ISBN: 978-84-9877-561-7  
Depósito legal: Na-37-2011  
Impresión: Rodesa, S. A.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Capítulo 1. El legado del grabador . . . . .	7
Capítulo 2. El artista de las mazmorras . . . . .	49
Capítulo 3. El enano . . . . .	91
Capítulo 4. El altar de cristoforo . . . . .	147
Capítulo 5. La cruz de fuego . . . . .	199
Capítulo 6. Los adeptos a la sombra . . . . .	227
Capítulo 7. Janus . . . . .	255
Capítulo 8. Mater ecclesiae . . . . .	293
Capítulo 9. El portal de dédalo . . . . .	323
Capítulo 10. Revelaciones . . . . .	363
Capítulo 11. Tus mentiras . . . . .	433
Capítulo 12. Resurrección . . . . .	463
Capítulo 13. La escalera . . . . .	499
Epílogo . . . . .	547
Epílogo del autor . . . . .	555



CAPÍTULO 1

EL LEGADO DEL GRABADOR



CUANDO ÉL HABLABA DE IMÁGENES, SIEMPRE LO HACÍA desde el punto de vista del arte.

Las demás acepciones de la palabra «imagen», como la que hacía referencia al aspecto de una persona, al paisaje de una ciudad o a la percepción de la propia vida, no eran más que reflejos, estampas volátiles que se olvidaban con rapidez. La realidad no tenía ninguna consistencia para él, o al menos, eso era lo que quería creer: así todo sería mucho más fácil.

Sin embargo, en algunas ocasiones, cuando se encontraba ante una obra de arte de singular valor, una que lograba en verdad dejarle sin aliento hasta casi perder el sentido, solía temer que aquellas sensaciones no fueran, por sí mismas, más que recuerdos. Recuerdos de belleza, de perfección, de tiempos pasados.

Recuerdos de Miwa.

—¿Ha tenido un buen vuelo? —preguntó el joven taxista que le llevaba desde el aeropuerto Leonardo da Vinci hasta el centro de la ciudad.

«Así son los italianos», pensó Jupiter. «Hasta sus aeropuertos se vuelven abanderados de la cultura y el estilo». El antiguo nombre del aeropuerto de Fiumicino existía ya solo en los paneles de la autopista, blanqueados por el sol, pero a efectos generales, se le

conocía con el apelativo de Leonardo da Vinci. ¿Qué otro país del mundo sería capaz de tomar prestado para un aeropuerto el nombre de un artista?

—¿*Signore*?

Jupiter alzó la mirada. «¿Eh?».

—¿Ha tenido un buen vuelo? —preguntó de nuevo el conductor mientras procedía a adelantar a un camión. Tras ellos estallaba un enloquecido concierto de cláxones.

—Sí, claro. ¿Qué tal está hoy el tráfico? ¿Tardaremos mucho en llegar?

—Quedan treinta kilómetros hasta el centro.

—No me refería a eso, sé qué distancia hay hasta allí. Quería decir que si las calles estarán cortadas.

—Habrà obras, atascos de hora punta... Pero no pasa nada —su mirada en el espejo retrovisor decía «Confíe en mí». Esa expresión se encuentra en el repertorio de todos los taxistas del mundo. «En mi coche, yo soy el rey; y mi coche es el rey de la carretera. No se preocupe por nada».

Jupiter se acomodó en el asiento y observó el extraño paisaje que se abría a ambos lados de la autopista: los pardos campos de cultivo, las ocasionales construcciones con sus tejados ligeramente inclinados y, tras todo ello, a un par de kilómetros al este, los primeros edificios de varias plantas, llamativos hoteles en los confines de los grises guetos suburbanos. La colada colgada de los balcones. Letreros de neón que, a la luz del día, ofrecían un aspecto descuidado e incluso extrañamente obscuro.

La última vez que había estado en Roma, hacía casi cuatro años, le había acompañado Miwa.



—¿Está aquí por negocios? —preguntó el taxista, que carecía del carácter aletargado tan propio de sus colegas más experimentados. Él, por el contrario, apenas pasaría de los veinte años y mostraba sobrada curiosidad ante todo lo que ocurriera en el mundo ajeno a él. Llevaba un gorro de punto. En su regazo cobijaba un móvil verde fosforito con el que, sin duda, no tardaría en llamar a su novia si no lograba enredar pronto a su cliente en una conversación. Jupiter no estaba interesado en escuchar media hora de discusión amorosa en italiano. Odiaba tener que oír la muletilla «*bella*» insertada cada dos frases. De verse obligado, prefería hablar él mismo.

—Sí, por negocios. Por así decirlo.

—Usted trabaja en algo relacionado con el arte, ¿verdad?

Jupiter arqueó una ceja sorprendido. No lucía un traje de diseño, y sus dedos no estaban manchados de pintura. «¿Cómo lo ha adivinado?».

El joven sonrió con orgullo.

—Quiere que le lleve hasta Santa María del Priorato. Los turistas, aunque quieren visitar iglesias, siempre se hacen llevar primero al hotel. Eso quiere decir que usted no es un turista convencional, y sin embargo, es extranjero. Un extranjero que toma un taxi directamente desde el aeropuerto hasta una iglesia, lo hace por cuestiones de trabajo. Usted no tiene aspecto de sacerdote, por lo tanto, su interés se centra en el propio edificio, ¿me equivoco? Arte o arquitectura, una de dos —se encogió de hombros—. El resto fue suerte.

—Algunas personas consideran la arquitectura un arte.

El taxista guiñó un ojo.

—¿Ve los bloques de edificios de allí? Vivo en uno de ellos. Y ahora, hábleme usted de arte y arquitectura.

—Tú ganas.

—¿Es restaurador o algo así? ¿Arquitecto? ¿Se dedica a demostrar si los cuadros son auténticos o no?

«Muy bien», pensó Jupiter, «y ahora, ¿qué?».

—Localizo obras de arte desaparecidas por encargo de coleccionistas y museos.

—¿Como un detective o algo parecido?

—Pero solo con el arte. No te preocupes, no le contaré a tu novia que hoy por la tarde vas a quedar con otra mujer.

El taxi dio un volantazo y pasó rozando el lateral de un Subaru. El muchacho giró la cabeza hacia atrás y exclamó sobresaltado: «Pero será...».

Jupiter sonrió.

—He visto el posavasos que llevas en la bandeja del salpicadero. Hay un nombre de mujer y la dirección de un apartamento en Tiburtina. No creo que haga falta que tu novia te apunte esas cosas, ¿verdad? Y mucho menos en algo de un bar.

—A lo mejor resulta que no tengo ninguna novia formal.

—Entonces no tendrías el móvil a mano sobre tu regazo —no pudo evitar continuar hasta el final, aunque sonara un tanto sobrecargado—. Vosotros los italianos siempre estáis disponibles para vuestras queridas familias.

Irritado, el taxista continuó:

—Joder, cómo me alegro de que no sea sacerdote. De verdad que me alegro, maldita sea.

—¿Es que tienes miedo de ir al infierno? —se interesó Jupiter sin dejar de sonreír.

—¿Usted no?

«Ya he estado allí», pensó el aludido, pero por supuesto no lo dijo en voz alta. Las frases recurrentes comenzaron a utilizarse porque expresaban verdades absolutas e inmutables, pero no siempre es necesario repetir las para que todo el mundo las oiga.

Durante un momento permanecieron callados. Atravesaron el anillo externo de la ciudad, transitando entre las pálidas fachadas de las tiendas adosadas a las montañas de apartamentos y viviendas, y por calles de dos vías por las cuales los vehículos circulaban como si fueran de tres. Después, las largas avenidas flanqueadas de adelfas, las primeras ruinas de pequeños acueductos e hileras de murallas de un color amarillo parduzco, antiguos pilones situados junto a una docena de postes publicitarios sobresaturados. Un velo brumoso que cubría el depósito de una fuente, rodeado de diminutos arco iris. Ancianos vestidos con trajes oscuros y gorros calados hasta las cejas. Jovencitas en minifalda con perfumes caros y lo suficientemente dulces como para azotar sin piedad la pituitaria del conductor de un Cabrio que pasara por allí. Taxis amarillos que aparecían desde cualquier dirección, como si Roma esperara aquel día acoger una asamblea general del sindicato de transportes.

Se estaban acercando al centro de la ciudad.

Apenas unos segundos después, no obstante, Jupiter se quedó perplejo al contemplar el entorno.

«Pero, ¿dónde estamos ahora? Santa María del Priorato se encuentra mucho más al sur, no había necesidad de adentrarse tanto en la ciudad». Lanzó al conductor una mirada furibunda a través del retrovisor, pero algo le decía que aquel joven no había pretendido en ningún momento tomarle el pelo. Sabía perfectamente que Jupiter no era un turista ingenuo que se dejara arrastrar inocentemente por media Roma y acto seguido abonara de buen grado la abultada factura.

El muchacho lanzó una blasfemia, volvió el rostro por encima del hombro, miró hacia atrás con ojos llenos de furia y giró, rabioso, el volante para realizar un cambio de sentido aprovechando una bocacalle cercana. Una vez más, hizo sonar escandalosamente la bocina y pasó rozando varios coches y toda una bandada de zumbantes vespas.

—No tengo ni idea de por qué de repente estamos aquí —masculló el taxista apretando los dientes—. De verdad que no tengo ni idea.

—Oh, venga ya...

—No, no —se defendió el conductor—, créame. No intentaba robarle ni nada parecido. Mire, voy a parar el contador —diciendo esto, dio un golpe que dejó una huella de violencia en el taxímetro, pero también lo detuvo—. Me he perdido, pero no sé por qué.

—¿Andas ya pensando en Tiburtina?

—¡Oh, eso! No, qué va. Allí estoy solo en espíritu.

—Eres el primer taxista que conozco que se ha perdido en el camino desde el aeropuerto hasta la ciudad —se regodeó Jupiter—. De verdad, toda una novedad.

—Me alegro de que se lo pase usted tan estupendamente en mi coche. Recomiéndeme a sus amistades.

Hasta entonces, Jupiter había creído saber con bastante exactitud dónde se encontraban: probablemente en algún punto cercano a Via Pellegrino, no muy lejos de Campo dei Fiori; pero en ese momento el paisaje que les rodeaba le resultaba completamente desconocido. Desde su abrupto cambio de sentido, el taxista había tomado dos curvas para perderse aún más en una maraña de callejuelas del casco viejo, cada vez más oscuras y estrechas. El taxi se reflejaba en las tenebrosas ventanas formando en su superficie manchas amarillas que se desvanecían rápidamente como un duende frenético.

—Vas demasiado rápido —comentó Jupiter.

—No sé dónde estamos y eso me pone nervioso.

—Así que así es como dan aquí la licencia de taxi, ¿eh?

—Ríase todo lo que quiera, pero créame si le digo que esto no me había pasado nunca. Jamás.

—Sí, claro.

—He girado en la curva, y entonces ya sabía exactamente dónde estábamos, pero ahora... —se arrancó el gorro de la cabeza y se enjugó el sudor de la frente.

Jupiter suspiró y miró por la ventanilla.

—Llévame a esa iglesia de alguna forma.

El taxi vagabundó un par de minutos por estrechas callejuelas desde las que apenas podía vislumbrarse el cielo, y por plazas en las que murmuraban fuentes solitarias. En todo este tiempo no se cruzaron con una sola persona; excepto en una ocasión en que,

tras las rejas de una cochera, se vislumbró medio oculta una figura encorvada, cubierta con una capucha oscura. La cabeza se inclinaba tan pronunciadamente hacia el suelo que era imposible ver su rostro. Casi parecía como si estuviera besando el suelo, como parte de algún arcaico ritual de bienvenida.

—Por fin —exclamó repentinamente el taxista, mientras frente a ellos se abría un pasaje tras el cual nacía, inundado por los rayos de un intenso sol de primavera, una amplia avenida.

Poco después se encontraban transitando por una calle densamente poblada que discurría siguiendo la orilla derecha del Tíber. Poderosos plátanos de sombra se retorcían y flexionaban sobre la calzada, como si presentaran sus respetos, humildemente, como aquella singular figura oculta en las sombras de aquel portón.

—Usted no me cree, ¿verdad? —preguntó el conductor.

—¿Que te has perdido? Sí, claro que sí.

—Que NUNCA ANTES me había perdido.

—No pasa nada. No tenía prisa.

—Cree que miento —gruñó el joven, ofendido.

Jupiter respondió únicamente con una carcajada y, en lugar de decir nada, prefirió tratar de captar un breve vistazo del Tíber, aunque la muralla fortificada que acompaña a la corriente en su recorrido interfirió en su objetivo. Tan solo cuando atravesaron un puente pudo él contemplar, por un breve lapso de tiempo, un fugaz destello reflejado en la superficie fluvial que surgía desde las profundidades de su artísticamente delimitado lecho de piedra.

A su izquierda se alzaban, a escasa distancia, tres iglesias. Santa María del Priorato era la última. Para llegar hasta ella, el taxi tuvo que aproximarse por el lado opuesto y atravesar una vez más toda una red de pequeñas calles. En esta ocasión, no obstante, el conductor encontró el camino sin dificultad.

Jupiter pagó y se bajó del coche.

—Acuérdate del posavasos cuando lleves a tu novia en el taxi.

El joven ocultó el trozo de papel en un bolsillo.

—*Grazie, signore. Ciao.*

—*Ciao* —Jupiter extrajo su equipaje del maletero y cerró la puerta.

El muchacho le guiñó un ojo al partir, como si su travesía accidental por una zona desconocida del casco viejo hubiera forjado entre ellos una sólida amistad.

Jupiter respondió estupefacto al gesto, para volverse, acto seguido, hacia la puerta de la iglesia, agitando la cabeza, y apresurándose con grandes zancadas hacia el vestíbulo.

El interior del edificio desprendía el clásico aroma de todas las iglesias antiguas: incienso, cera y humedad. Cuando aún era un adolescente, Jupiter se preguntaba si, tras el altar, se encontraría algún dosificador que desprendiera tal fragancia, como solía haberlo en el baño de aquellas ancianas parientes que visitaba con obligada asiduidad cada domingo de su infancia. El moho de iglesia en lugar del frescor de los pinos, el olor de la cera sustituyendo la esencia del limón.

Los bancos del lado derecho de la nave se habían apartado para abrir algo de espacio, dentro del cual se alzaba un andamio de cuatro niveles que había invadido por completo el muro lateral. No se veía por ninguna parte ningún obrero, pero tampoco ningún creyente o sacerdote.

El andamio tembló ligeramente cuando, desde el plano superior, comenzaron a oírse unos pasos. Las tablas y las varas de acero vibraron. Cada pisada resonaba con fuerza y se prolongaba por toda el área del edificio. Jupiter reculó un par de metros para obtener una mejor vista de la parte superior, pero no consiguió ver a nadie.

Los pasos dejaron de escucharse, y una figura esbelta apareció deslizándose por una escalera lateral, ágil como un gato. Una mata de pelo larga y negra caía sobre la espalda de la joven. Vestía un mono verde. Tan pronto como esta alcanzó el suelo, Jupiter pudo comprobar que el color original de la tela era, en realidad, azul, que había dado paso a una tonalidad más pálida por mediación de la cal y el polvo que cubrían todo el cuerpo de la muchacha. Su cabello, azabache en su estado natural, desprendía un brillo grisáceo que la hacía aparentar mayor edad de la que en realidad tenía.

Coralina volvió el rostro hacia él en cuanto saltó desde el último peldaño. Sonreía, y estaba aún más guapa que la última vez que se habían visto o, al menos, esa era la impresión que Jupiter extraía, ahora que se encontraba en disposición de juzgar su belleza con justicia. En aquella ocasión del pasado, ella era tan solo una niña de apenas quince años de edad.



—¿Jupiter? —se dirigió hacia él, pero se detuvo a un paso de distancia y comenzó a examinarle con calma, lo que logró irritarle profundamente—. Te has puesto en forma en los últimos... ¿Cuántos? ¿Ocho años?

—Diez —sonrió él con sorna—. Hola, Coralina.

Dejó la maleta en el suelo, y la muchacha se lanzó corriendo a sus brazos. Era ligera, apenas notaba su peso, y medía casi una cabeza menos que él. Cuando la joven volvió a echarse hacia atrás, el abrigo del visitante estaba cubierto de polvo gris.

—¡Ups! —exclamó ella—. Lo siento —y emitió una risa traviesa de niña pequeña—. La Shuvani te lo lavará. Es lo menos que puede hacer por ti.

—¿Cómo está?

—¿Nos volvemos a ver por primera vez en diez años y lo primero que me preguntas es cómo está mi abuela? —rio Coralina—. Encantador.

—Ya no eres una adolescente. Tendré que acostumbrarme a ello.

Los ojos de Coralina desprendieron un súbito resplandor. Eran oscuros, casi tan negros como su pelo y sus delicadas cejas. Sus padres eran gitanos, cíngaros ambulantes que habían dejado a su pequeña al cargo de su sedentaria abuela. La Shuvani también era gitana de corazón, pero había vivido durante más de veinticinco años en la capital, y era creencia entre su gente que la ciudad cambiaba la sangre de los hombres. A ojos de su propio pueblo, había abandonado la vida en las calles y ya no era, realmente, uno de los suyos, a pesar de que su físico delatará sin lugar a dudas su origen, y de que ella siguiera vistiendo los mo-

delos y tejidos típicos de su etnia. Jupiter estaba convencido de que en los últimos dos años en que no había visto a la abuela de Coralina, nada había cambiado. La inmutabilidad siempre había tenido gran importancia para ella.

—Estabas en Florencia cuando Miwa y yo visitamos a la Shuvani —dijo él—. No quiso enseñarme ninguna foto tuya. Dijo que no te harían justicia, ya sabes cómo es. Sin embargo, en mi opinión, tenía razón.

Ella recibió el cumplido con una amplia sonrisa.

—He regresado a Roma hará cuatro meses. Desde entonces vivo otra vez en casa de la Shuvani, en el sótano.

—¿En el antiguo cuarto de invitados? —ambos asociaron esa habitación a un recuerdo concreto, pero Coralina no se amedrentó y continuó con la provocación.

—Todavía hay cuarto de invitados. Tú dormirás allí, si te parece bien —se colocó un largo mechón de pelo detrás de la oreja—. Tranquilo —prosiguió—. Ya no llevo camiones con transparencias.

Jupiter tenía, por aquel entonces, veinticinco años, diez más que Coralina. Su primer encargo le había llevado hasta Roma, y también era la primera vez que se hospedaba en casa de la Shuvani. Coralina se había enamorado de él con entusiasmo juvenil, y una noche se había presentado en la habitación de invitados vestida únicamente con un ceñido camisón adornado con estrellas translúcidas. Le había explicado cuánto le gustaba y le había dicho que quería acostarse con él. Jupiter había tragado saliva, se había sumergido men-

talmente en un intenso baño de agua helada y le había ordenado que se fuera, con el corazón endurecido. Por aquel entonces aún no había conocido a Miwa, pero en casa le esperaba otra novia. Además temía que la Shuvani le hubiera echado con cajas destempladas de haber seducido a su adorada nieta y, a pesar de que rechazar la proposición no le había resultado fácil en absoluto, no se hubiera sentido bien consigo mismo si se hubiera acostado con una chiquilla de quince años, una cría a la que había visto por primera vez cuatro días antes. No le cabía ninguna duda de que su decisión había sido la correcta, aun cuando años después aún persistía un cierto remordimiento. De haber actuado a la inversa, se habría mentido a sí mismo.

Ahora, Coralina se encontraba nuevamente ante él, diez años mayor, espectacularmente hermosa, y coqueteaba con el recuerdo de aquella noche en el cuarto de invitados en la que ella le había derramado descuidadamente sobre la camisa una copa de vino tinto.

Para cambiar de tema, Jupiter señaló el andamio sobre la pared de la iglesia.

—¿Tus dominios?

Ella asintió.

—Sí, bueno, al menos por un par de días. La semana pasada comencé a examinar el material del muro. La restauración durará un par de meses, pero ya no será asunto mío. Quiero decir, evidentemente, estaré por aquí, pero será misión de otra persona. Yo solo hago el trabajo previo.

—Es una labor de gran responsabilidad para alguien que acaba de terminar los estudios.

—Bueno, en cualquier caso hace casi un año que acabé —repuso ella—. Mis notas fueron bastante buenas, y recibí una instrucción muy selecta en cantería. Supongo que es una combinación que funciona. No quedan muchos canteros tradicionales en la zona.

Shuvani había explicado a Jupiter lo excelentes que habían sido las calificaciones finales de Coralina. Había estudiado Historia del Arte en Florencia y se había formado, al mismo tiempo, con un experto en construcción en piedra. Había completado ambos adiestramientos con matrícula, a pesar de la presión y de la carga de trabajo. Es posible que la suerte jugara su papel en todo ello, pero no podía habersele asignado una tarea de campo como en la que se encontraba por mero azar.

—Shuvani me contó que necesitabas mi ayuda —dijo él, y pensó para sí: «Tenga el valor que tenga hoy en día la ayuda que yo pueda dar». Apenas había trabajado desde que Miwa se había ido llevándose consigo las fichas de todos sus clientes, los resultados de sus investigaciones y las bases de datos informatizadas. Le había llevado a la ruina de un día para otro.

Coralina asintió, y la serenidad de sus labios dio paso a una nueva tensión en sus comisuras.

—Has venido muy rápido.

—Tu abuela me llamó ayer por la tarde y... bueno, no tenía nada mejor que hacer, ya sabes...

Nada salvo sentarse y contemplar alternativamente la pared o la única foto de Miwa que esta le había dejado. Solía preguntarse por qué, si se había marchado, no se había llevado también aquella imagen suya.

Había sido lo suficientemente minuciosa como para arrebatarse todo lo que tenía: el resultado de diez

años de trabajo; y aún más, le había degradado y calumniado ante todos sus clientes y se había apropiado de sus encargos, mientras Jupiter se acurrucaba y esperaba en su despacho vacío a que sonara el teléfono, pero no con la esperanza de nuevos trabajos, sino con la de escuchar nuevamente la voz de ella, se encontrara donde se encontrara.

Sin embargo, Miwa nunca volvió a llamarle. Como no podía ser de otra manera.

—¿Qué es lo que ocurre exactamente?

Coralina le dirigió una mirada de asombro.

—¿Shuvani no te ha contado nada?

—Solo que trabajabas en la restauración de esta iglesia y que querías que le echara un vistazo a algo.

Involuntariamente, su mente volvió los ojos de la memoria a aquel camión de estampado exótico. Hasta ahora había logrado mantener aquella imagen alejada de su subconsciente. «Los recuerdos», pensó, «pueden hacer mucho daño si se lo proponen». En los últimos tiempos no había tenido demasiada suerte con los recuerdos.

—¿De verdad te has metido en un avión sin tener la más mínima idea de a qué venías? —exclamó ella, agitando anonadada la cabeza—. Debe de ser verdad que no tienes nada mejor que hacer.

—Clávame un poco más hondo el puñal y quizás te dé el gusto de gritar un poquito.

Ella le acarició su mejilla, cubierta por una barba de dos días.

—¡Eh! Mejor en otra ocasión, ¿vale? —dejó escapar nuevamente una de sus enigmáticas risas de gitana, vivas pero, a la vez, extrañamente impersonales.

Él asintió despacio y se preguntó si acaso aquella muchacha podría ser, en realidad, fría y calculadora.

—Ven —le dijo, y comenzó a ascender por la escalerilla.

Jupiter dejó abandonada la maleta y comenzó a subir por los escalones. Las varillas de metal se encontraban ya resbaladizas por la acción de los innumerables pies que, gracias a ellas, se habían encaramado a los puntos más elevados de las obras realizadas en docenas de monumentos y edificios sacramentales.

—Ten cuidado, no te resbales —le gritó ella desde arriba, y cuando alzó la vista pudo comprobar que, mientras él mismo se encontraba en el segundo nivel del andamio, la muchacha había ascendido ya hasta el cuarto. No cabía duda de que era ágil.

Una vez logró llegar hasta la cima, rechazó con cierta hosquedad la mano que la joven le tendía, pero esta, no obstante, le sonrió.

—¿Cómo es posible que te rías de mí? —preguntó, indignado.

—¿Cómo es posible que reacciones de una forma tan exagerada cuando una mujer te presta un poco de atención?

—La última vez que una mujer me prestó atención fue con el objeto de destruir toda mi existencia con minuciosidad y tesón.

Ella se mordió, pensativa, el labio inferior, y su gesto se volvió más solemne.

—La Shuvani me contó lo que te ha hecho tu novia. Lo siento.

—La culpa fue mía. Miwa es...

—¿Es que aún la defiendes?

—¿Podemos cambiar de tema? —repuso él, encogiéndose sencillamente de hombros.

Coralina le guio, entonces, por la estrecha pasarela hasta el extremo opuesto del andamio, abriendo la marcha sin dirigirle una sola mirada.

—¿Te dice algo el nombre de Piranesi? —le preguntó.

—¿Giovanni Battista Piranesi?

—Él mismo.

—Grabador en bronce, italiano, del siglo XVIII. Sus espectaculares aguafuertes le convirtieron en algo así como una superestrella de su tiempo. La *Antichità Romane* y las *Carceri* serán, probablemente, sus obras más conocidas. Sin embargo, en su vida privada, era un hombre frustrado: siempre quiso ser arquitecto, pero nunca logró ningún encargo.

—Correcto —dijo ella—, e incorrecto al mismo tiempo. Al menos la última parte.

—Exacto —repuso Jupiter mientras recordaba progresivamente los detalles omitidos. Hojeó mentalmente los libros que albergaban reproducciones fotográficas de diversos aguafuertes y que ahora probablemente yacerían, con todas sus demás posesiones, en el apartamento de Miwa, estuviera este donde estuviera—. Piranesi fue el responsable de la restauración de una iglesia, aquí en Roma. Creo que también de la reforma de una plaza, pero nada más.

Coralina agitó la cabeza en gesto afirmativo, y Jupiter entendió repentinamente.

—¿Fue esta iglesia?

—Santa Maria del Priorato di Malta —corroboró Coralina—. El legado arquitectónico de Piranesi.

Jupiter paseó su mirada por la amplia nave de la iglesia, pero no descubrió nada que le pareciera inusual o particularmente extraordinario a simple vista. No cabía duda de que, con el buril y la placa de cobre, Piranesi era un genio indiscutible, sin embargo su estilo de construcción resultaba soso y apenas sin atractivos.

—Nunca le permitieron trabajar aquí como a él le hubiera gustado —alegó Coralina—. Si le hubieran dado total libertad, este edificio habría vivido una transformación radical. Personalmente creo que esta situación le desesperaba. Probablemente terminó enfrentándose a sus patrones, y de resultas de todo ello nunca más logró trabajar de nuevo como arquitecto.

—¿Y la plaza?

—Pertenece a la iglesia; has pasado justo por encima. Es la *Piazza Cavalieri di Malta*.

La pareja llegó hasta el final de la pasarela. Sobre sus cabezas se alzaba la cubierta de la iglesia. El fragmento de pared parcialmente oculto por los últimos metros de andamiaje estaba cubierto con un plástico negro, en cuyos pliegues y protuberancias se había posado el mismo polvo sutil que descansaba sobre la ropa y el cabello de Coralina. Un cajón de madera lleno de ladrillos amontonados completaba la escena.

Coralina se detuvo frente al plástico protector y abrió un hueco libre en él echándolo hacia los lados, como si fuera las cortinas de un telón; entonces dijo:

—Aquí está.

Jupiter avanzó con curiosidad hasta situarse junto a ella y descubrió, para su asombro, que tras la lámina aparecía una oquedad horadada en pleno muro, no



demasiado profunda: apenas había que estirar el brazo para alcanzar la pared. El investigador se sorprendió, no obstante, de que todas las evidencias indicaran que se trataba de un hallazgo reciente, que daba origen, además, al misterioso y omnipresente polvillo.

—¿Es anterior a las reformas de Piranesi? —preguntó.

—Es lo primero que uno piensa, ¿verdad? —replicó Coralina—. Sin embargo, he realizado un par de pruebas de laboratorio a algunas muestras de piedra y estas han establecido, con absoluta seguridad, que esto que ves se realizó exactamente en la época de la restauración de la iglesia.

El hueco medía unos dos metros de ancho y lo mismo de alto. La pared posterior lucía un barullo incomprensible de relieves de tema mitológico por toda su superficie; seres de fábula que se agarraban, mordían, copulaban o cazaban entre ellos. La mayoría tomaban la forma ambigua de las gárgolas góticas, si bien algo más planas y menos amenazadoras, pero tampoco faltaban algunas figuras que hasta un niño reconocería a simple vista: el unicornio, el pegaso y una cabeza de gorgona mostrando, agresiva, los dientes.

—Esto no se corresponde en absoluto con el resto de la obra de Piranesi —señaló él—. ¿Estáis completamente seguros de que las fechas se corresponden?

—Sí, y no solo por los resultados del laboratorio.

Él quiso preguntar a qué se refería con eso, pero la joven replicó de inmediato:

—Todavía no has visto todo. Espera.

Dicho esto, comenzó a rebuscar por detrás de uno de los rebordes de la cortina protectora hasta hacerse

con una linterna. El habitáculo se inundó de luz, que generó sombras entre las criaturas, una oscuridad engendrada en sus ollares, en sus fauces y en las cuencas de sus ojos. Algunos casi daban la impresión de haber tomado vida real en el momento en que los rayos de luz habían acariciado, errantes, su pétreo y porosa piel, para crear así una apariencia de movimiento furtivo.

—Todo esto se ocultaba tras un muro que yo había estado echando abajo en los últimos días —explicó Coralina—. No sé si habrá más oquedades como esta entre los muros, pero supongo que no. Comencé a trabajar aquí por pura casualidad. Mientras examinaba el muro, el revoque comenzó a descascarillarse y dejó visible el muro interior: la humedad de los últimos doscientos años ha debido de pudrirla. He retirado todas las capas sueltas. La superficie deteriorada tenía exactamente el mismo grosor que el hueco que apareció detrás; a su alrededor solo hay mampostería sólida y revocadura compacta.

—Has dicho que aún no lo he visto todo.

Ella inclinó la cabeza en gesto afirmativo.

—Ahora te mostraré la cola del dragón. Por aquí.

Iluminó con la linterna la esquina derecha del agujero, cerca del hombro de Jupiter.

La cola de una serpiente gigante se encorbaba sobre el restante caos de cuerpos enredados y conformaba algún tipo de pasador; o quizá un picaporte.

Jupiter se volvió hacia Coralina, quien le dedicó un significativo gesto de invitación.

—Prueba.

Colocó los dedos sobre la palanca y tiró, pero no ocurrió nada.

—¿Y ahora? —preguntó él.

—Tienes que girarlo en el sentido de las agujas del reloj.

Obedeció, hasta que la palanca produjo un crujido sordo.

Jupiter titubeó. Antes de completar el giro del mecanismo, preguntó:

—¿Quién lo sabe?

—Solo tú, la Shuvani y yo.

—¿Y tus superiores?

Ella se encogió de hombros.

—Ni siquiera el párroco —contestó—. Nunca viene por aquí. Las pruebas preliminares las hice yo sola, no tengo ningún compañero. La mayor parte de las obras de restauración en Roma mueren en pos del ahorro, y las reformas en la Basílica de San Pedro han acaparado casi toda la financiación externa en los últimos años.

—¿Y por qué tanto secretismo?

Ella rio, pero su risa ya no desvelaba la misma despreocupación de antes. Coralina había encontrado algo que la inquietaba. Algo de lo que quería hablar con él.

—Termina de girar la palanca —exclamó, prolongando el misterio.

Jupiter completó el círculo y el crujido se interrumpió bruscamente. Tiró del pasador, sin resultado. Sin embargo, cuando ejerció algo de presión con la mano izquierda sobre el relieve, algo se movió: toda la pared posterior del habitáculo se inclinó hacia dentro como un puente levadizo.

Lo que se abrió tras ella fue una completa oscuridad. El aire era frío y desprendía un aroma pesado, a

pesar de que, con total seguridad, Coralina habría abierto aquella puerta más de una vez en los últimos dos días. Jupiter sabía exactamente lo que ella había sentido, la indescriptible sacudida emocional que los descubrimientos provocan, lo espectaculares y magníficos que estos pueden llegar a ser, aunque en otras ocasiones resulten decepcionantes o insignificantes. Era precisamente ese breve espacio de tiempo de incertidumbre, ese instante de espera, de aliento contenido, de anhelo ante la inminente revelación, en el que se encontraba. Jupiter había experimentado momentos como ese una y otra vez con cada pintura desaparecida, con cada escultura oculta al que él hubiera seguido la pista hasta archivos de museos, colecciones privadas o incluso, en un par de ocasiones, hasta los trasteros más recónditos de graneros abandonados en medio de ninguna parte.

Coralina dirigió el chorro de luz de la linterna hacia la tiniebla que se extendía tras el portón de los relieves.

Para sorpresa del investigador, la cámara resultó ser muy grande. Jupiter intentó en vano ubicar su posición dentro de la fachada de la iglesia. Debía de estar colocada con asombrosa pericia en la estructura externa del edificio para haber pasado tan completamente desapercibida durante siglos.

Giró la cabeza hacia atrás y sonrió.

—Deberías informar a alguien de todo esto.

—Vamos a echarle un vistazo —repuso ella en la oscuridad.

Él observó, a través de la estrecha hendidura comprendida entre la pared y el andamio, la distancia que

les separaba del suelo, vio el polvo caer suavemente hacia el vacío y, finalmente, dio un paso adelante hacia el abismo. Un segundo después se encontraba atravesando el portón abierto al interior de la cámara. Coralina estaba ya a su lado y apuntaba la luz de la linterna en todas direcciones.

La caída era más profunda de lo que lo había sido desde el andamio. En dos pasos se situaron junto a la pared opuesta, que carecía de revoque, pero estaba seca. Jupiter podía seguir con claridad las pisadas de Coralina: aparentemente había examinado cada rincón de la cámara; ya fuera paredes, techo o suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras observaba el entorno.

Coralina le hizo entender con una inclinación de cabeza que siguiera el haz de luz de su linterna. El resplandor se arrastró lentamente por el muro posterior hasta que Jupiter pudo descubrir lo que ella quería mostrarle.

Algunas de las juntas verticales del muro eran más anchas que las demás y formaban aberturas en la piedra de unos sesenta o setenta centímetros de altura de las que no surgía luz alguna, por lo que no podían conducir a la fachada del edificio.

Prendida en cada una de estas ranuras se apreciaba lo que, a primera vista, podría confundirse con un paño con el que alguien hubiera intentado taponar improvisadamente los orificios para evitar la humedad. Jupiter alargó tímidamente un dedo y rozó el material: tenía un tacto similar a la gamuza.

Cuando se volvió nuevamente hacia Coralina, esta comenzó a rodear su rostro con el haz de luz.

—Lo he dejado todo como estaba cuando lo encontré. Quería que lo vieras en su estado original.

Se giró una vez más hacia las ranuras. Sin contarlas una por una calculó que habría unas diecisiete o dieciocho. Pellizcó el cuero ligeramente pero no tardó en retirar agitadamente los dedos.

Su recelo sorprendió a Coralina.

—No es piel humana —rio ella entre dientes, como una adolescente ante una broma particularmente macabra—, aunque encajaría bien con la situación, ¿verdad?

—¿Lo has llevado a analizar?

—Por supuesto. Es cuero bovino, bien trabajado y tratado en uno de sus lados con algún líquido impermeable.

Jupiter tiró fuertemente de uno de las cubiertas de cuero. Para su sorpresa, resultó ser mucho más pesada de lo que había esperado; el tejido envolvía algún tipo de objeto.

Mientras lo retiraba cuidadosamente de la hendidura, pudo comprobar que se trataba de una placa rectangular.

Coralina observó con qué minuciosidad examinaba los bordes del aplanado paquete.

—Unos cuarenta y un centímetros por cincuenta y cuatro. Más o menos un par de milímetros.

Jupiter retiró con precaución la quebradiza funda de cuero para descubrir una placa metálica, aparentemente de cobre, que en muchas zonas había adquirido un tono verdoso. Algo de humedad había logrado, para por tanto, abrirse paso hasta ella.

La placa estaba cubierta hasta sus extremos con una cenefa. Líneas claras y sombreados se entretrejían

por la superficie como si estuvieran pintadas sobre ella, si bien Jupiter apreció en seguida que, en realidad, estaban grabadas. En los surcos aún reposaban restos de pintura negra.

Alzó la placa con ligereza, pero la tocó utilizando los extremos de la funda de cuero para no dejar huellas dactilares. Los rayos de luz que chocaban directamente sobre el metal producían en este reflejos cegadores.

—Dirige la luz hacia un lado —le dijo a Coralina.

Descubrió entonces de qué se trataba.

—¿Una plancha de impresión del ciclo de las *Carceri*, de Piranesi?

—El original de la lámina siete —susurró Coralina, como si temiera que la pieza pudiera dañarse únicamente con el sonido de su voz.

La placa mostraba, como en la totalidad de las dieciséis láminas de las *Carceri*, un mismo motivo: la panorámica de un gigantesco calabozo. Ante el observador se abría el escenario de una inmensa sala subterránea, atravesada por grandiosos puentes y escaleras de caracol, colosales arcos e intersecciones repartidos en varios pisos. De todas partes colgaban cadenas y, de forma esporádica, se reconocían figuras humanas: algún prisionero de extremidades borrosas y formas dudosas. En la parte superior del dibujo, un enorme puente levadizo se cerraba sobre el abismal espacio de la sala. La mera contemplación de la escena bastó para conjurar en el oído de Jupiter un susurro irreal, como las notas de un apuntador: el chirrido de las ruedas dentadas, el crujido de las poderosas cadenas, el gemido de los cimientos y los tablones de

madera, resonando y deformándose en la grandiosidad de esa catacumba infernal.

Ligeramente mareado, se encaró una vez más con Coralina.

—¿Se sabe que aún existe la plancha?

Ella negó orgullosa con la cabeza.

—No. Todo lo que se conserva de las *Carceri* son las reproducciones, las impresiones que Piranesi realizó mediante las planchas, pero los originales se consideran desaparecidos.

La mirada de Jupiter vagó siguiendo las ranuras de la pared.

—¿Son las dieciséis?

—Sí.

Con sumo cuidado, depositó la plancha en el suelo y la envolvió poco a poco, tiernamente, en el cuero protector, para introducirla después en la hendidura con el más solemne de los respetos.

—No me sorprende que la Shuvani no quisiera hablar de esto por teléfono. Tienes claro que esto es un descubrimiento sensacional, ¿verdad?

—No, Jupiter —respondió ella, mordaz—. Solo estudié Historia del Arte para poder ligar con un profesor con chaqueta de *tweed*.

Él sonrió con ironía.

—Pero lo que quieres es que te diga cuánto valen las planchas, ¿no?

Coralina asintió.

—Tu abuela y tú... Vosotras dos esperáis una recompensa.

Ella apartó bruscamente sus ojos de los de él y volvió la mirada al suelo.



—El negocio no va bien. La Shuvani se quedará en la calle si no logra pagar sus deudas. No podríamos ni pagar la mudanza (Dios mío, todos esos libros), mucho menos una casa nueva.

Delicadamente alzó el mentón de la muchacha con el dedo índice y le miró directamente a los ojos para preguntarle:

—¿No habréis pensado en la posibilidad de hacer desaparecer las planchas?

La expresión de la joven se endureció y dio un paso hacia atrás.

—Tú solo tienes que calcular el valor, Jupiter. Te pagaremos por ello, si quieres.

—¿Con el dinero que obtengáis de cualquier estraperlista? —de haber gritado algo más alto, se le habría podido escuchar desde la iglesia, por lo que rápidamente controló el tono—. Estas cosas valen un par de millones, Coralina. ¡Millones! No es algo que se pueda vender tranquilamente en Porta Portese entre camisetas y cintas pirata.

—Sería un detalle por tu parte que no me subestimaras de esa manera —respondió ella con frialdad—. Conozco a gente que podría encargarse de ese tema.

—Entonces, ¿por qué no les has llevado a ellos las planchas para que las valoren?

Esta vez, ella le sostuvo la mirada, pero con gran esfuerzo, tal y como él pudo observar.

—Los tipos que pueden permitirse pagar por hallazgos como este no son precisamente conocidos por su gran honradez.

—Me siento halagado.

—¡Por el amor de Dios, Jupiter! ¡La Shuvani confía en ti! Y yo también. Simplemente dime cuánto se puede pedir por las planchas y no te pediré nada más. No tendrás que mancharte las manos.

El detective le arrebató la linterna de las manos y apuntó directamente a la cara de la chica con el haz de luz.

—Si ya os habéis decidido, entonces ¿por qué siguen aquí las planchas? Podrías habértelas llevado ya anoche.

—Yo... —se interrumpió ella, buscando las palabras.

Jupiter se colocó frente a ella.

—En realidad no quieres hacerlo, ¿verdad? No es como «mangar» algún trasto en una tienda y lo sabes. El robo de obras de arte se considera un delito grave, y mucho más a esta escala.

«“Mangar” algún trasto en una tienda...». Tanto si quería como si no, seguía viendo en ella a esa chiquilla que va a un centro comercial y, por primera vez, deja caer como por accidente un lápiz de labios en el bolsillo de su chaqueta.

—La Shuvani está desesperada —respondió la joven—. Necesitamos el dinero.

—Pero no así, Coralina. No de esta manera.

Ella adoptó un súbito e inquietante aire nervioso.

—Nadie nos garantiza una gratificación. La iglesia reclamará las planchas y el Vaticano no soltará ni una lira mientras no se lo exija un tribunal. Yo trabajo para el Vaticano, así que no tengo ningún derecho legal —se lamentó mientras hacía surcos en el polvo

con la punta del pie—. Joder, Jupiter, nos quedaremos en la calle si no podemos sacar el dinero de algún sitio.

—¿Cuánto necesitas?

—Ciento cuarenta millones de liras.

—¿Ciento cuarenta? ¡Con eso podrías comprar media casa!

—No son solo los pagos atrasados del alquiler. ¡Ya conoces a la Shuvani! Tiene a sus espaldas toda una hilera de denuncias por escándalo público, quebranto del orden público y demás. Las multas se van amontonando: dos mil liras por aquí, cuatro mil por allá. Además tuvo un accidente apenas dos meses después de que le retiraran el carné de conducir. Desde entonces tengo que hacer yo sola las entregas de los libros.

—¿Qué pasó?

—Atropelló a una mujer en la Piazza Cairolí. La Shuvani tuvo toda la culpa, así que tiene que pasar año y medio en libertad condicional, pagar una sanción desorbitada y ocuparse de los gastos médicos de la víctima. Podemos darnos por satisfechas porque la mujer no presentó también una demanda por daños y perjuicios.

—¿La Shuvani está en libertad condicional y todavía te instiga a realizar un desfalco de obras de arte por valor de dos millones de dólares? —dejó que el chorro de luz de la linterna apuntara al suelo y agitó la cabeza con aire reprobatorio—. Quizá debería tener una pequeña conversación con tu abuelita.

Coralina se plantó como un rayo frente a él y le agarró con fuerza del antebrazo.

—¡Ya no soy una niña, Jupiter! Ya no soy esa mocosa que se mete a hurtadillas por las noches en habitaciones ajenas. Estoy decidida a hacer esto.

—No, no lo estás. De ser así, las planchas ya no estarían aquí.

Jupiter vio cómo los ojos de la joven se tornaban vidriosos y se le encogió el alma pensando que iba a echarse a llorar, pero no tardó en sacudirse de encima toda emotividad, si en realidad hubo un momento en que ella hubiera estado cerca de mostrar sus emociones.

—¿Tan imposible es que salga bien? —preguntó con voz queda.

—Del todo —le tomó de la mano sin saber muy bien por qué lo estaba haciendo, pues no relajaba en absoluto la situación—. Incluso aunque consiguieras sacar dieciséis planchas de esta categoría de la iglesia sin que nadie se diera cuenta, ¿a dónde irías con ellas? Tus amiguitos trapicheadores son...

—Te he dicho que conozco a esa gente —le interrumpió ella—, no que sean mis amigos.

—Esos tipos son bombas de relojería —Jupiter había conocido a incontables tratantes ilegales de arte en los últimos diez años, y sabía de lo que hablaba—. ¿Cuánto crees que tardará en ocurrírseles la genial idea de no pagaros nada por las planchas? ¿O de haceros chantaje? ¿O de entregárselo todo a la policía para sacar provecho? —contuvo el aire para después expulsarlo en un sonoro suspiro—. Olvídalo, no tiene sentido. Ni siquiera un profesional tendría posibilidades de que le saliera bien.

Coralina calló durante un largo rato y dejó que su mirada, compungida, recorriera los nichos que alber-

gaban las placas de cobre. Él observó detenidamente su lucha interior: no era una batalla fácil.

Finalmente, inclinó la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Tendré que llamar a un par de personas.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Cuando atravesaron la entrada cubierta de plástico de vuelta al andamiaje, vieron, por encima de la barandilla, que en el suelo, junto a la maleta de Jupiter y observando esta desde todos los ángulos, se encontraba un sacerdote vestido de negro.

—Atrás —susurró Coralina mientras hacía retroceder a Jupiter hasta un punto en el que el religioso no pudiera verlo. Ella, por su parte, salió del refugio lanzando a su compañero en la clandestinidad un atisbo de sonrisa y descendió precipitadamente por las escalerillas.

Poco después, Jupiter pudo escuchar las explicaciones que la joven ofrecía al clérigo.

Cerca del Palazzo Farnese, junto al timbre de una vivienda, un letrero anuncia «*Residenza*». Quien pulse el blanquecino botón, pulido y lustroso tras décadas de uso, no tardará en oír el sonido de la puerta al abrirse. Después, podrá subir hasta el cuarto piso mediante un ascensor de aspecto venerable, engalanado con un enrejado de hierro forjado y, una vez allí, le recibirá un anciano de cabellos grises que lleva en su portería desde los tiempos del Duce. La madera está apagada y quebradiza, y el portero es arisco y parco en palabras. Las habitaciones no son caras, y quien

pregunte por un huésped en concreto o acuda buscando información, con toda seguridad no recibirá más que silencio.

En una de las habitaciones de esta pensión, por encima del laberinto de callejuelas del casco viejo, se encontraba sentado Santino, contemplando con atención la pantalla de un reproductor de vídeo portátil de tamaño no mucho mayor que la desgastada Biblia apoyada en la mesilla de noche.

Santino lloraba.

El hombre que aparecía en la cinta estaba muerto. Le había conocido como la palma de su mano, era su amigo, su hermano.

Monje capuchino, como él mismo.

Santino lloraba por lo que le había ocurrido, pero también por sí mismo, por el destino que Dios, en toda su Gracia, le había confiado.

Santino estaba asustado como nunca antes en toda su vida. Sabía que lo seguían, sabía que incluso allí, en aquella pensión, darían con él. Pronto, muy pronto, puede que ese mismo día.

Había hecho todo lo posible por borrar sus huellas, pero no era un criminal, solo un monje capuchino, y no sabía desvanecerse en el aire y desaparecer de un día para otro. Su sentido común le recomendaba que abandonara la ciudad y se alejara de Roma, se adentrara en la Campiña y continuara hacia el sur hasta el mar e incluso más allá. Quizá podría encontrar refugio en una misión, en algún lugar del norte de África.

Sin embargo, él sabía que aquel plan no era más que una quimera. Ellos le encontrarían en cualquier sitio en que se mostrara abiertamente. Había sido ca-

puchino demasiado tiempo como para encomendarse a una protección que no fuera la de Dios. Las pensiones y hoteluchos en los que se ocultaba, siempre en guardia, desde hacía días, en una sucia habitación tras otra, le recordaban extraordinariamente a su concepto personal del infierno. Era evidente que no podría prolongar este juego del escondite durante mucho tiempo: no tardaría en buscar la protección y el consuelo de una iglesia, y entonces le atraparían.

Creía descubrir a sus perseguidores en cualquier esquina: en los pasos que resonaban por el pasillo y que se detenían durante un instante imperceptiblemente más largo frente a su puerta; en los ruidos de la habitación superior a la suya, cuyo permanente ir y venir resonaba por el techo de su cuarto y excitaba sus nervios hasta hacerle enloquecer. Ir y venir, ir y venir, una y otra vez.

Ya no sabía si lo imaginaba todo o si los pasos y los sonidos existían en realidad, pero podía percibir que lo estaban observando, que el círculo en torno a él se cerraba y estrechaba cada vez más.

Tenía que ver todas las grabaciones, los seis vídeos, hasta el último minuto, antes de caer en la red de sus enemigos. Tenía que descubrir toda la verdad, el gran secreto por el cual sus hermanos habían dado la vida, entre gritos de agonía y cubiertos de sangre, en un lugar sin Dios y su clemente auxilio. Tenía que saberlo todo de una vez por todas.

En los días pasados desde el inicio de su huida, había visto ya las tres primeras grabaciones, las de mayor duración: siempre las mismas imágenes, las mismas voces, los mismos sonidos. Esta tarea le dejaba

exhausto y aturdido, y únicamente el miedo reflejado en los hombres que aparecían en la pantalla mantenía despiertos sus sentidos. Él entendía lo fundado de su terror. Conocía en profundidad el desenlace de su odisea.

No fue fácil reproducir las grabaciones durante demasiado tiempo sin verse obligado a hacer pausas; continuamente tenía que abandonar su escondite y vagar sin rumbo por los callejones, hasta que, finalmente, en una de aquellas habitaciones de hotel, había descubierto que se le habían acabado las pilas. No disponía de demasiado dinero, solo lo justo para pasar bajo techo alguna que otra noche, y había dedicado todo un día a luchar consigo mismo antes de decidirse a robar en una tienda pilas nuevas, un cargador y un cable de red. Eso había sido la tarde anterior, pero en ese momento, al mediodía del día siguiente, había logrado introducir finalmente la cuarta cinta en el reproductor. Ya había visto la mitad de la grabación, y sospechaba que todo lo que se mostrara a partir de ese punto iba a ser peor, mucho peor.

Santino se sentía como un alcohólico que sabe que, hiciera lo que hiciera, no debería ni acercarse a una botella, y sin embargo termina haciéndolo. Debería haber tirado el reproductor con monitor incorporado, debería haber destruido las cintas, lo que fuera para no ver, para no escuchar. Haberse vuelto ciego y sordo. Algo imposible, por supuesto. Les debía a los demás descubrir algo más acerca de su destino final, tomar parte en él, como si él mismo hubiera sido miembro de esta expedición fatal al abismo o, al menos, lograr hacerse una idea de lo que fue aquello.



Había sido Santino quien les había proporcionado el equipamiento y se había preocupado de que el abad no se enterara de sus planes. Había sido uno de los cabecejas desde el principio.

Sin embargo, al final, había sido él quien se había rezagado ya en la entrada, cuando la cojera en la pierna derecha que padecía desde que nació hizo que sus tres compañeros tomaran la delantera. Él nunca habría podido seguir su ritmo y, en cualquier caso, no iban a tardar en regresar para compartir con él sus experiencias.

Tan solo uno de ellos surgió después del abismo, el hermano Remeo, y tan solo unos instantes después moriría en los brazos de Santino. El brazo izquierdo de Remeo, completamente quemado, colgaba de su cuerpo, y mostraba el hueso desnudo y renegrido como si lo hubieran raspado, pero seguía aferrado a las seis cintas de vídeo. Con sus últimas fuerzas había logrado sacar a la luz aquellas grabaciones, poniendo en ello toda su fuerza de voluntad, como si la vida se le fuera en ello y, moribundo, había hecho jurar a Santino que descubriría la verdad para poder, quizá, informar al mundo.

Santino no quería poner en marcha aquellas cintas, ni contemplar aquellas imágenes, pero debía hacerlo. En seguida, sin dilación, mientras aún le quedaba tiempo.

«Remeo», se preguntaba, «¿Por qué nosotros? ¿Por qué yo?».

El monitor mostraba los escalones de una escalera de caracol, de unos diez metros de ancho y construida en piedra sólida. A lo largo de tres cintas, tres hom-

bres descendieron por ella. Uno de los exploradores, Remeo, portaba sobre su hombro la cámara y el correspondiente foco. Los capuchinos carecían de experiencia con este tipo de elementos tecnológicos, pero durante las eternas horas de descenso hacia las profundidades había terminado por coger cierta práctica. La imagen era cada vez más inestable y, en ocasiones, borrosa, si bien resultaba más visible que al principio de la grabación, en que el entorno únicamente se podía intuir.

Los otros dos monjes eran el hermano Lorin y el hermano Pascale. Remeo aparecía raramente en la imagen, únicamente cuando cedía la cámara momentáneamente a alguno de sus compañeros o cuando la colocaba sobre la elevada barandilla de la escalera, ya que la mayor parte del tiempo la portaba esforzadamente sobre el hombro, hablaba en alguna ocasión por el micrófono y filmaba a sus hermanos mientras se iban adentrando, escalón tras escalón, en el abismo.

Hasta ahí, doce horas. La escalera parecía no tener fin. Si Santino no hubiera confiado tan ciegamente en Remeo, habría pensado que los tres hombres habían descendido siempre el mismo tramo de escalones, quizá por miedo a penetrar más en las profundidades, pero él conocía a su amigo y sabía que aquellos peldaños y sus dimensiones eran reales.

Doce horas de descenso por una escalera titánica y aun así, el inicio de la cuarta cinta no presentó ningún cambio. Al otro lado de la barandilla, compuesta de columnas de piedra tallada que se alzaban hasta la altura del estómago, no había nada más que tinieblas.

En diversas ocasiones los monjes arrojaron esferas luminosas a la oscuridad y solo pudieron constatar, desilusionados, cómo las bolas caían y su brillo se extinguía en algún punto de la profunda negrura. Los proyectiles no rebotaban en ninguna dirección, ni encontraban el inicio de una pared o estructura arquitectónica; tan solo el vacío y la oscuridad.

Los monjes portaban en sus mochilas algunas provisiones que, con un consumo moderado, les permitirían alimentarse varios días más. Como capuchinos estaban acostumbrados a las privaciones, si bien el descenso infructuoso y prácticamente inacabable lograba agotarlos. Hasta la fecha, sus vidas se habían consagrado a las labores propias de su orden, principalmente el cuidado de los enfermos y el trabajo manual. Los capuchinos llevaban una frugal vida de ermitaño en medio de la metrópolis de dos millones de habitantes que es Roma. El estudio y otras labores eruditas estaban prohibidas para ellos, su existencia se dedicaba únicamente al bien de los demás y a la gloria del Señor.

Las fatigas del descenso eran nuevas para ellos, por lo que los tres se vieron afectados por fuertes agujetas, calambres recurrentes y aliento entrecortado. El aire parecía ser más denso que en la superficie, quizá entremezclado con gases o agentes químicos que no podían olerse ni verse.

Sin embargo, seguían adelante, avanzando más y más.

Hacia el infierno.

Santino parpadeó. Pulsó el botón de pausa. Había oído algo fuera, tras la puerta de la habitación. Prime-

ro, el chirrido de la verja del ascensor; después, los pasos. ¿Era una persona o eran más? No sabría decirlo. Entonces, los sonidos se acallaron, justo en frente de su habitación.

¿Era eso que oía un aliento bajo y entrecortado? ¿Un susurro tan leve como un suspiro?

Hasta entonces, Santino había permanecido sentado sobre la cama con las piernas cruzadas para apoyar el aparato sobre sus rodillas, pero en ese momento, se levantó. Llevaba zapatillas de deporte, pantalones vaqueros y una camisa vieja: ropa de beneficencia. En el pasillo de una casa había encontrado una bolsa de plástico para donaciones llena de ropa, se la había llevado corriendo tan rápido como había podido, hasta llegar a un discreto patio interior en el que había estudiado y seleccionado su botín. Los zapatos eran un número más pequeño y resultaban extraños tras tantos años llevando únicamente sandalias, pero podía caminar con ellos, o incluso correr si era necesario.

Se aproximó sigiloso, a pesar de su cojera, hasta la puerta. No cometió el error de apoyar todo el cuerpo contra la madera para escuchar a través de ella, sino que mantuvo la espalda junto a la puerta e inclinó la cabeza ligeramente hasta que pudo pegar una oreja contra aquel peligroso elemento.

¿Eran eso pasos? ¿Dos o quizá tres?

Colocó una mano sobre el picaporte tan despacio como le fue posible y dirigió la otra hacia la llave, que siempre mantenía en la cerradura. Si la giraba, quien estuviera fuera lo oiría y sabría que le habrían descubierto, se lanzaría sobre él, le derribaría, le inmovilizaría y se le llevaría, y nunca podría averiguar toda la

verdad sobre lo que les había ocurrido a Remeo y a los demás.

No, no era tan tonto.

Extremando la precaución, se puso de cuclillas para intentar ver algo a través de la cerradura. Aunque la llave obstaculizaba gran parte de su visión, las rendijas a izquierda y derecha le habrían indicado si hubiera habido algún movimiento al otro lado de la puerta.

Santino no pudo ver que hubiera nada. El pasillo parecía estar vacío.

Pero, ¿y si sus perseguidores se encontraban a los lados de la cerradura? Eran listos, sabían cómo tomarle el pelo a un hombre como él. Sin duda pensarían que sería fácil jugar con un simple monje.

No les pondría las cosas tan fáciles.

El susurro había concluido y ya no se oía ninguna respiración, pero eso no significaba nada. Eran listos, muy listos. Quizá contenían el aliento antes de tirar la puerta abajo y llevárselo por la fuerza. Quizá todo era parte de su plan.

Santino regresó silenciosamente hasta su cama y apagó el reproductor de vídeo. La oscuridad pareció escapar de la barandilla para invadir todos los rincones hasta llenar la pantalla.

Santino metió el aparato con el resto de sus efectos personales en el interior de la mochila, agudizó nuevamente el oído en dirección a la puerta hasta asegurarse de no oír ningún ruido, aliento o susurro, y finalmente se encaminó a la ventana. Había elegido esa habitación con cuidado. Al otro lado del cristal, un pequeño tejadillo inclinado terminaba en la superficie

plana de otra techumbre. Desde allí podía llegar al edificio vecino y, escaleras abajo, hasta la calle.

En apenas un segundo, el miedo del monje quedó desbancado por una explosiva sensación de triunfo del todo extraña para él y su anterior vida. Pero había aprendido, ahora sabía cómo orientarse en el mundo exterior. Chafaría los planes de sus enemigos antes de que estos se dieran cuenta de que, una vez más, había logrado darles esquinazo.

Abrió la ventana de un empujón, y en el tiempo en que transcurre un latido, estaba fuera.